

Camus, Arsenio, Abstractos

1. ¿Tiene precio la cultura? Lo tiene. 600.000 euros en montar 27 veces *Estado de sitio*, de **Albert Camus**, que como todos los lectores de Camus saben es un texto sin ninguna musculatura dramática que, por eso mismo, casi nadie se atreve a poner en escena, excepto el Centro Andaluz de Teatro, claro, que para eso aquí somos los chicos más listos del mundo. 600.000 euros para 27 funciones –y éstas, muy institucionales y con gran alarde de regalía de entradas protocolarias: a unos 22.000 eurazos la función pública–. Que corra el champaña sobre la escena. Y ya está: Cultura no tiene previsto que *Estado de sitio*, agotado su obligatorio y endogámico circuito oficial –onanismo teatral– se vuelva a dar en otra parte. Nadie la reclama, porque a nadie le interesa una obra que la crítica despachó como inevitablemente soporífera. Antiteatral. Ya ven, un disparate actual tomado de los felices tiempos de la ‘burbuja cultural’.

La culpa es de La Pepa, que viene gafada, la pobre. Los algoritmos institucionales son de Primaria. Imagínense un despacho, con **Paulino Plata**, **Francisco Menacho**, cuando dirigía el Bicentenario y una cohorte de cabezas de huevo, todos buscando con la linterna una percha sobre la que colgar, por decreto, la levita liberal del Bicentenario. Ya saben: el temido «hay que hacer algo con Cádiz, lo que sea». Y uno, tipo leído, que dice: «Camus. *Estado de sitio*. Viene de perlas». Porque *Estado*

de sitio transcurre en el Cádiz sitiado por las tropas napoleónicas. Sobre el papel, que todo lo enjuaga, iba de perlas. Ah, que la pieza no tiene nada de teatral: bueno, se adapta y ya está. Que su producción se va a un ojo y no tenemos garantía de giras y de rentabilidad: bueno, ya veremos, ahora lo que urge es hacer algo en Cádiz que tenga que ver con La Pepa, lo que sea. Adelante con *Estado de sitio* y su facturazo final.

El mismo departamento que despilfarra un dinero que no tenemos en autoagasajarse institucionalmente entre sí, es el que asfixia a las compañías privadas de teatro o el que estrangula a las orquestas negándoles un dinero que ella quema en pirotecnias de artificio. Las que han condenado a Cádiz, con la entusiasta anuencia del Ayuntamiento, a una de las celebraciones culturales más mustias, inanes y aburridas que se recuerdan. Lástima de Cádiz, ciudad sitiada de negligencias.

2. Pero que tiene a un chiflado surreal y fantástico que hace justamente lo contrario que en *Estado de sitio*: creación miserabilista, brillantez de la indigencia, delirante arte pobre. En la Sala Rivadavia, con todos los modernos de Cádiz concentrados a sus puertas y comisariada por **Paco Cano**, un activista retornado de Nueva York para darle un barnizado de eclecticismo y contemporaneidad a Cádiz, veo *Carne de muñeco*, el taller de **Arsenio Rodríguez** poblado de almodoravianas pilas

de tapones de botellas de plástico, extremidades y troncos de muñecos de goma desmembrados o varillas de paraguas que alguien desestimó en la basura. Con todos esos materiales, Arsenio –que es un **Edmundo d'Ory** «basurilla» y «diógenes» de las artes plásticas recicladas– forma muñecotes que en sus manos mutan de lo grotesco a la ternura o que nos miran con su inquietante apariencia de bebés sádicamente troceados o que componen delirantes instalaciones, como un mostrador de carnicería con molinillos picacarnes que ahora trituran las longanizas que forman los picadillos de venas y músculos de los muñecos de goma.

Todo muy alegórico sobre el presente harapiento de la cultura gaditana, condenada a inventarse a sí misma fantaseando con materiales regenerados de la basura. Pues no le queda otra salida a su talento. El de Arsenio Rodríguez, por ejemplo.

3. Asamblea de veteranos en el CAAC: **Juan Suárez**, **José Ramón Sierra**, **Gerardo Delgado**, **Ignacio Tovar**... La aristocracia de los revolucionarios de la abstracción sevillana de hace 40 años, más calvos y viejos –no tanto; estos pintores tienen todos un aire de exquisitos maduros estupendos: saber cumplir años es la mayor obra de arte– aunados por una exposición que celebra los 40 años del viejo Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla, aquel que arrancó epatante y convulso para derivar en algo mucho más soso y más mustio y que –según leo en una carta macilenta del patriarca **Pérez Embid**– surgió de «la ambición, la tenacidad y el increíble espíritu de trabajo» de un chaval veinteaño llamado **Víctor Pérez Escolano**. Esas correspondencias son lienzos mecanografiados de la Historia. Y estos chavales de antaño son los patriarcas de hogaño. Pero me pregunto: ¿Quién será, hoy, el nuevo Víctor Pérez Escolano?